

## CRÍTICA DE LIBROS

### LA REPÚBLICA DEL GENERAL DE GAULLE

LUIS WECKMANN

*de la Secretaría de Educación Pública*

DOROTHY PICKLES, diplomada en las Universidades de Leeds, Londres y París —y actualmente colaboradora de la *London School of Economics*— es miembro de un selecto grupo de periodistas europeos, comentaristas de cuestiones políticas, al que pertenecen, en Francia, personalidades tan bien conocidas y de formación tan sólida como Raymond Aron, Jacques Fauvet, Maurice Duverger y Marcel Niedergang. La preparación universitaria de ese grupo, y su experiencia en asuntos públicos, le permite realizar, con gran autoridad, análisis periódicos de la situación política en los países de la Europa Occidental. En el caso de Francia, resulta por demás interesante que sea una escritora inglesa, con las características citadas, quien nos presenta un análisis, somero pero lúcido, de la nueva República Francesa.\*

La señora Pickles principia su exposición con un examen de la “tradicción republicana” en Francia, en particular a partir de la época en que fueron descartadas, al parecer en forma definitiva, las otras formas de gobierno, inclusive la monárquica, que todavía por 1875 ejercía bastante atracción sobre la ciudadanía francesa. En este respecto, la señora Pickles, por desgracia, pasa por alto el papel decisivo que Thiers —abjurando sus ideas monárquicas— desempeñó en la adopción, en Francia, de la república, después de haber llegado a la conclusión de que “la forma republicana de gobierno es la que divide menos a los franceses”.

En la primera parte de su estudio, la señora Pickles cree advertir tres ciclos en la historia política de Francia desde la Revolución, en los que van alternándose distintas formas de gobierno, que desembocan siempre en la adopción de instituciones republicanas. Esta argumentación, que es reminiscente de los *corsi* y *ricorsi* de Vico, no parece muy convincente y menos aún para el tercer ciclo, o sea la etapa iniciada en 1875.

\* D. PICKLES, *The Fifth French Republic* (Nueva York, Praeger, 1960).

La señora Pickles insiste en que cada uno de esos ciclos se inicia con una monarquía que cede el paso a una república, la que, a su vez, es reemplazada por alguna forma dictatorial de gobierno. Si bien es cierto que este último riesgo no ha sido del todo eliminado, el tercero de los ciclos de nuestro autor no fue iniciado por una monarquía, a menos que se pretenda que la Tercera República fue una monarquía velada de 1871 a 1875, en virtud del papel preponderante que entonces jugaron elementos monárquicos como Thiers, Mac Mahon y el duque de Broglie. La propia señora Pickles admite, a la postre, en un capítulo posterior de su libro, que la Quinta República Francesa se encuentra fuera de serie.

En su análisis de la constitución de la nueva República, nuestro autor encuentra que este documento es la expresión de dos principios diferentes y casi contradictorios: el de un gobierno parlamentario republicano, y el de un liderato personal (el del general De Gaulle) que, a la luz de la tradición que data de 1875, constituye una verdadera novedad. En otros términos, Francia se ha adentrado, por ahora, en los caminos de un claro régimen presidencial, en el que la balanza de poderes se inclina en favor del Ejecutivo. Esto último no es sino corolario de una importante innovación en el documento constitucional de 1958, imputable al propio general De Gaulle, o sea la separación de los poderes ejecutivo y legislativo, que antes de esa fecha se encontraban unidos en la práctica, pero el primero subordinado al segundo. Todo ello, en virtud del papel decisivo que la Asamblea Nacional francesa desempeñó en la formación y derrumbe de gobiernos, integrados por regla general con diputados y senadores. Característica de la nueva tendencia es la circunstancia de que, hoy día, los cargos en el gabinete francés (que encabeza un Primer Ministro y no ya un Presidente del Consejo) son incompatibles con el desempeño de funciones parlamentarias. La señora Pickles sostiene —y no podemos menos que estar de acuerdo con ella— que el elemento específicamente *degolista* en la constitución de la Quinta República es este ensayo de combinar, sobre la base de mutuo respeto, los dos principios de liderato presidencial y de gobierno parlamentario, salvaguardándose al mismo tiempo la tradición democrática francesa y asegurándose el prestigio de la nación y la efectividad de su gobierno.

Durante la Cuarta República, como es bien sabido, los ministerios franceses estuvieron, por regla general, a merced del Parlamento, y en primerísimo lugar de la Asamblea Nacional, y su duración en el poder dependió siempre de la

combinación de fuerzas de los partidos políticos, en proporciones bien estudiadas: el famoso *dosage*. En no pocas ocasiones la disensión —justificada o no— de un pequeño grupo de parlamentarios bastó para echar por tierra la combinación política y, con ella, al gobierno mismo. Es cierto que el carácter efímero de los sucesivos gobiernos franceses hasta 1958 es más ilusorio que real. Las nuevas alianzas, de las que emergieron los sucesivos gabinetes, no alteraban en mucho la marcha de la administración, ya que las mismas personas, o casi las mismas, volvían a ocupar los mismos u otros cargos ministeriales. Existió, además, una administración de carácter semi-permanente, ajena a vaivenes políticos y que en ocasiones lograba incluso marcar el paso a tal o cual ministro. Además, los grandes partidos políticos de centro-izquierda, especialmente el radical socialista, se encontraron presentes en casi toda formación ministerial. Sin embargo, es evidente que la nueva constitución francesa, al limitar el papel del Parlamento en la formación o caída de los ministerios, introduce un elemento positivo en la marcha del gobierno francés.

A la luz de la experiencia política en la materia, desde 1875 hasta 1958, la señora Pickles llega a conclusiones irrefutables, entre ellas la paradójica de que mientras que a lo largo de ese período la opinión pública demostró relativa estabilidad, las organizaciones y partidos políticos, por lo contrario, se mostraron inestables, cambiantes, y con tendencias casi irresistibles hacia la fragmentación. Ello puede explicarse en parte, desde luego, en función del espíritu individualista inherente en el carácter francés de estos últimos siglos, y también a la luz del papel importante que ciertas personalidades han jugado en la política de ese país, sobre todo comparándolo con otros, en este aspecto más conservadores, como la Gran Bretaña. En realidad, cualquier observador imparcial que haya asistido a los debates de la Asamblea Nacional, bajo la Cuarta República, hubiese llegado a la conclusión de que se encontraba en presencia, no tanto de un parlamento clásico (en donde el juego de los intereses políticos personales se encuentra subordinado, al menos parcialmente, a la cohesión de grupos y partidos) como de una academia de ciencias políticas, en la que se expresaban todos los matices y se defendían —a menudo de manera irreductible— todas las posiciones posibles, frente a cada caso concreto, por pequeño que fuese. Tal y como a mí me tocó observarlo, sería difícil concebir un conjunto deliberante de hombres políticos que individualmente estuviesen tan bien preparados como los que constituyeron la Asamblea Nacional Francesa en los últimos años

de la Cuarta República. Pero un parlamento no es, desde luego, una academia; y esta característica de la Asamblea Nacional no coadyuvaba, por regla general, a la buena marcha en los asuntos públicos, en los que es necesario, a menudo, hacer concesiones y ceder terreno, a la luz de la clásica máxima de que la política es el arte de lo posible.

En su examen de los partidos políticos tradicionales bajo la Cuarta República, la señora Pickles, a mi entender, pasó por alto un elemento de primerísima importancia, o sea la influencia decisiva que en la selección de candidatos y en las elecciones mismas —bajo los sistemas de representación proporcional y de alianza de grupos— jugaron los comités directivos de los partidos políticos. Distinguidos comentaristas han reconocido que la dirección de la política francesa estuvo en manos, no tanto de los diputados mismos, sino de los comités directivos de sus respectivos partidos, que los hacían triunfar en los comicios y que, merced a combinaciones y alianzas de momento, aseguraba la preponderancia de tal o cual tendencia en el seno de la Asamblea Nacional, de la que a su vez dependía la existencia del gabinete del momento.

De conformidad con la Constitución de 1958, el régimen francés actual pudiera ser considerado de tipo presidencial y, por razones que se dirán más adelante, incluso de índole personal. En el campo legislativo, una de las innovaciones más importantes ha sido la restricción de la esfera de las actividades parlamentarias. En la práctica también —por lo menos hasta este momento— el Jefe del Gobierno no lo es el Primer Ministro (de conformidad con los preceptos de la Constitución), sino el Jefe del Estado, o sea el general De Gaulle, cuya dominante —y pudiéramos decir que en los actuales momentos, positiva— personalidad combina en la práctica la doble función de Jefe del Estado y —por interpósita persona— de Primer Ministro.

En conclusión, la tesis fundamental de la señora Pickles en el sentido de que la Quinta República no pudo haber surgido sin el concurso del general De Gaulle y de que, si éste desapareciese o renunciara, sería difícil que le sobreviviese, es básicamente correcta. Pierre Mendès-France ha descrito ya las instituciones de la nueva República como una fachada que oculta al público la realidad de que por el momento el destino de la nación se encuentra en las manos de un solo hombre. Para otros, la República puede ser un motivo de irritación pasajera, un desvío mayor o menor de las tradiciones establecidas, un paraíso para los funcionarios de carrera y los tecnócratas, una pesadilla para los parlamentarios clásicos, o

un expediente —quizás el único a la mano en 1958— para salvar la democracia francesa.

La Quinta República, como lo han demostrado los acontecimientos de Argel en abril de 1961, tiene raíces en la opinión pública francesa, y muy particular y definitivamente entre los ciudadanos de la Francia metropolitana. Desde 1958, la capital de Francia ha tornado a París y no se encuentra ya en manos de colonos y militaristas, en Argel. No es de excluirse que al hallarse una solución definitiva al problema argelino, Francia regrese a los cauces de una república institucional, y no ya de tipo semi-personal. Por el momento, la República se enfrenta a dos peligros: por un lado, la posible combinación de gobierno tecnocrático e ineficacia parlamentaria. Por el otro —y éste es el más inmediato y real—, el de un desliz hacia un militarismo fascista. Entre Scilla y Caribdy's se yergue hoy, como el mejor baluarte de la democracia francesa, el general De Gaulle, arquitecto y espíritu motor de la Quinta República francesa.

## VENTANA SOBRE EL IRÁN

ANA HILDITCH DE CUEVAS

DURANTE MUCHO más de dos mil años la historia de Persia ha variado entre períodos de grandeza y otros de insignificancia. Ha sido objeto de innumerables invasiones —ha conquistado y ha sido conquistada—. Su pueblo ha demostrado una extraordinaria capacidad para asimilar y adaptar a sus conquistadores a su propio modo de vida; ha, pues, conservado lo que le es propio y ha absorbido mucho de lo que le es ajeno, adaptando aquí y cambiando acullá, según sus creencias y necesidades.

Los persas de hoy manifiestan un profundo orgullo en su herencia y en su pasado, y no menor es el orgullo que muestra su soberano, el Sha, de cuya pluma proviene este libro \* que se ofrece como sincero y abierto. La dinastía Pahlavi, quizá, marca el principio de otra gran era en la historia persa, en la que la vieja cultura no perderá su identidad ante la occidentalización y el crecimiento moderno.

\* Mohammed Reza Shah Pahlavi. *Mission for my Country*. Hutchinson, London 1961.